



RESUMEN

El autor, continuador del trabajo que inició su creador (Marc Sautet) en el café de Phares de París, explica en este artículo en que consiste un café filosófico: cuáles son sus reglas de funcionamiento, los temas que allí se tratan, por qué éste es un ejercicio de libertad y un lugar único, así como su relación con la cultura filosófica.

Palabras clave

Café Filosófico, Práctica Filosófica, Taller Filosófico, Filosofar, Didáctica de la Filosofía

ABSTRACT

The author, which continued the work initiated by its creator (Marc Sautet) in the Parisian café de Phares, explains in this article what it is a «Philosophy Café»: what are its rules of functioning, the questions that are discussed there, why it is an exercise of freedom and a unique place, and its relation with the philosophical culture.

Key words

Philosophy Café, Philosophical Practice, Philosophy Workshop, philosophizing, Teaching Philosophy

¿Ha dicho usted «Café Filosófico»?¹

Pascal Hardy

Traducción de Leandro Soto Sánchez de Medina

Todo el mundo, en uno u otro momento, sobre todo si le gusta la filosofía o a fortiori la imparte, ha oído hablar de los Cafés Filosóficos². A veces, complacientes, a veces condescendientes, los artículos y reportajes aparecidos sobre este tema raramente abordan las cuestiones fundamentales desde el punto de vista de los animadores o de los participantes. De igual forma, la definición de Café Filosófico tampoco está clara. Es necesario, por tanto, precisar las cosas. Un Café Filosófico es un debate organizado en un café, lugar público por excelencia. Su objetivo es establecer un intercambio filosófico en el transcurso del cual cada uno pueda hacer

¹ (N. del T.) «Vous avez dit "café-philo"?» apareció en el nº 2 de la revista *Diotime: Revue internationale de didactique de la philosophie*, en junio de 1999.

² (N. del T.) El autor utiliza el apócope «Café-Philo» (que es el término coloquial con el que se conoce a este fenómeno en Francia) a lo largo de todo el artículo (y siempre con mayúsculas), y que podría traducirse por algo así como «Café-Filo» o «Filo-Café». No hay que olvidar que el uso del apócope es más frecuente en francés que en español. Nosotros hemos optado por utilizar el término «Café Filosófico», más formal y descriptivo, pero respetando en todo momento las mayúsculas del autor, que nos indican que estamos ante un movimiento con un cierto grado de institucionalización, como la Filosofía para Niños, los Diálogos Socráticos, la Orientación Filosófica, etc. Más información sobre los diversos movimientos que integran la Práctica Filosófica en Gabriel Arnaiz, «El "giro práctico" de la filosofía», *Diálogo Filosófico*, n.º 68, 2007, pp. 170-206.



uso de la palabra. Se trata entonces de inducir «momentos filosóficos», es decir, de pasar de la opinión al pensamiento, de esclarecer conceptos en común, de decodificar cuestiones de sentido, bajo la forma de una investigación colectiva entorno a un asunto.

Una forma que tiene sentido

La forma del Café Filosófico tiene sentido. Es una especie de democracia a pequeña escala en la que cada uno se esfuerza por aprender de los demás. Sus reglas mínimas son muy simples:

- 1) El moderador elige un tema de entre los directamente propuestos por la sala;
- 2) No hay un a priori del tema: solo su tratamiento puede fundar su carácter filosófico;
- 3) La persona que ha propuesto el tema introduce la reflexión y puede concluirla;
- 4) El moderador dará ejemplo con su actitud modesta y exigente y su renuncia a toda exposición introductoria;
- 5) Cada uno evita la «charla típica del bar de la esquina», la «conferencia», y el proselitismo;
- 6) El moderador está disponible, atento, y utiliza sus conocimientos para dar pistas durante el debate y pone en marcha una verdadera mayéutica para hacer avanzar la investigación sobre el tema.

Así puede nacer un debate filosófico, de una verdadera interacción social entre los participantes. Claro está, es importante, pero difícil, que cada uno se implique personalmente usando su razón, es decir de forma efectivamente controlada, exigente. De igual forma, uno se enriquecerá escuchando las intervenciones y a través de la confrontación de ideas, contribuyendo a una cierta forma de búsqueda en común. Por lo menos, se tratará de definir, distinguir, clarificar los conceptos necesarios para la reflexión, analizar sus relaciones, dilucidar las claves de la



cuestión propuesta. Estos son, bien entendido, los objetivos teóricos que los moderadores se esforzarán por alcanzar.

Sobre el sentido del movimiento de los Cafés Filosóficos, percibimos el rechazo a toda instrumentalización de la filosofía, cualquiera que sea la finalidad que le asignemos: política, ideológica, religiosa, psicológica, e incluso narcisista. Aristóteles, en su *Metafísica* enuncia una proposición que se avendría bastante bien con el espíritu de los debates: «es evidente que no perseguimos, con la filosofía, ningún interés externo. Pues igual que llamamos hombre libre al que es para sí mismo su propio fin y no un fin ajeno, así esta ciencia es también la única de todas las ciencias que es libre, porque solo ella es su propio fin». Porque si no, podríamos añadir, la instrumentalización de la filosofía no haría sino preparar (¿reflejar?) la instrumentalización del hombre. El moderador adopta una posición «no dominante». Su elección de animar los debates de «filosofía en la ciudad» reposa esencialmente en el hecho de que esta actividad le permite, con la ayuda de todos los participantes, progresar, disminuir su propio «punto ciego», elucidar su «postura existencial», aclarar su visión del mundo, reconducir sus opiniones (basadas en prejuicios absolutamente inevitables) a su fuente, en fin, si es posible, dar a luz al pensamiento; siendo todos estos, por otra parte, procesos sin fin.

La Filosofía es ante todo un método que debe ser diferenciado de las múltiples escuelas, corrientes, doctrinas filosóficas: Kant señalaba que quería enseñar a sus estudiantes, «no una filosofía, sino el modo de pensar filosóficamente». Nuestra aproximación podría derivar de dicho propósito. El moderador permanece relativamente neutro en cuanto al contenido, en cuanto a las escuelas filosóficas representadas en el debate, y vela en los cafés por el método que consiste en argumentar, en rendir cuentas de lo que se piensa de forma inteligible y comunicable, claro está, sin dejarse enfermar por un racionalismo estrecho y reductor. Así, la consigna podría ser: uso de la historia de la filosofía, y apropiación viviente de ese pasado, los pasos consistirían en «hacer selección» y hacer vivir la historia del pensamiento, con el objetivo de vivir el presente de forma sensata.

Un ejercicio de libertad

El debate filosófico en los cafés es también un temible ejercicio de libertad: es de libre acceso y gratuito, el moderador es independiente, el proselitismo y las



iniciativas de tipo lucrativo no tienen lugar en él, los participantes escuchan sin interrumpir al que tiene la palabra. Percatémonos en este caso de la amplitud de las fuerzas que pueden comprometer el dispositivo. El ejercicio es delicado y reposa en las cualidades del moderador (aptitud para la regulación del debate, capacidad para desarrollar una mayéutica, experiencia o bagaje filosófico, etc.). Sin estas cualidades, no podría ponerse al servicio del debate, ni contribuir de manera decisiva a la elucidación de los temas propuestos, ni a hacer ver las posturas filosóficas.

Un lugar único

El Café Filosófico es un lugar único, en función de la conjunción de tres factores:

- A cada uno se le toma por lo que dice y no por lo que representa socialmente, lo cual es notoriamente excepcional;
- Se trata de un lugar público en el que, de hecho, personas tan diversas como empleados, personas sin hogar, estudiantes o ejecutivos de empresa se reúnen y debaten problemas universales,;
- Los Cafés Filosóficos forman parte de los raros escenarios sociales que hoy día escapan a la esfera del interés (dinero), o que no dan lugar al endurecimiento categorial del pensamiento (poder y proselitismo); en otros términos, contribuyen a producir debates públicos libres de los envites del dinero, del poder o de la influencia.

En resumen, en los Cafés Filosóficos, una persona no puede nunca ser tomada como medio por un colectivo o por otra persona. La diversidad de los temas propuestos por el público de los Cafés Filosóficos revela la variedad y la profundidad de los interrogantes. No nos equivoquemos: el desarrollo de un tema, en un debate bien dirigido, nunca es anodino, sobre todo si no se muestra «filosófico» a primera vista y no parece un tema de bachillerato. Así, cuando se propone «¿podemos creer en Papa Noel?», las variaciones en torno al asunto tomado al pie de la letra se superan rápidamente a favor de otras preguntas como «¿por qué tenemos necesidad de creencias?», o bien «¿cuándo termina la infancia?». He aquí algunos ejemplos de temas elegidos en los últimos años: «¿Qué es ser marginal?», «El mito de Narciso», «¿Qué fundamenta la ley?», «La primera vez», «¿Somos los que hacemos?», «El Nihilismo», «La dependencia», «¿Hay un animal en la sala?».



«Puedo, luego quiero», «En mi alma y consciencia», etc. Como señalaba Marc Sautet, moderador del primer Café Filosófico: «Prueba para el filósofo, el debate en el café es un test para la filosofía. Es una situación experimental que permite saber si la filosofía sirve a lo que pretende: elevar a sus seguidores más allá de sus prejuicios. Por otra parte, el desafío personal en el que el filósofo se encuentra sumido es la ocasión para de probar que su disciplina es "la buena" y que conviene seguir su camino, y hacer eso mejor que contentarse con las opiniones dominantes. Inmerso en el "baño" de las inquietudes de todos, el método filosófico debe mostrar que puede en efecto vencer a la *doxa*, a la opinión, pública o no, incluso adornada con los triunfos de la ética. Eso no impide que la filosofía esté constantemente a la defensiva, que no deba dejar de responder a no se sabe qué pretensión a la supremacía de los intelectos, al contrario. Filosofar es, ante todo, escuchar. El filósofo no es quien tiene la respuesta a todas las preguntas. Es aquél a quien las respuestas ya dadas, las respuestas predominantes, o sus rivales despiertan su curiosidad. El filósofo es el que pregunta, el que, sensu stricto, vuelve a cuestionar aquello que pasa por ser una solución. Realmente, si ejerce verdaderamente su arte, debe en primer lugar estar a la escucha de lo que se dice».

La cultura filosófica

La relación con la cultura filosófica, y sobre todo, con la universidad, es de perfecta complementariedad. No se trata evidentemente de sustituir la enseñanza, ni de competir de una manera o de otra con los universitarios. Simplemente, el Café Filosófico abarca un público más amplio en un ámbito que no tiene que ver con la enseñanza, sino con la práctica. Este público es más heterogéneo por la edad, el estatus profesional y la formación adquirida. Y este público ha accedido al debate. A pesar de ello, habría mil formas de hacer callar a este público sin cortar la palabra, como vemos en numerosos otros contextos, y de conducirlos a la autocensura. Claro que el Café Filosófico no evita siempre estos escollos. Pero su forma y el talento del moderador pueden minimizar mucho los riesgos. En este sentido, es socialmente muy valioso.

Según Michel Tozzi, «sabemos en qué punto el nivel de lengua y la relación con la cultura (universitaria, dominante) son "capitales simbólicos". El poder de "distinción" social aplasta por su *habitus* a los que no son de la misma clase (pertenecer a una clase determinada es igual a "tener clase" o "ser clasificado"). Y



el Café Filosófico, desde un punto de vista sociológico, podría fácilmente convertirse en tertulia de salón mundana de una sociedad democrática: una república de "picos de oro" o de expertos apoyados en citas. De los doctos que, incapaces de acceder al poder político, tendrían el de la palabra en y sobre los grupos. Porque todo lugar de palabra es un lugar de poder. El Café Filosófico sería entonces el lugar en el que tomaría el poder aquél que "parece" filósofo, a través de grandes palabras y muchas referencias». Por tanto, no es lo que sucede generalmente. En particular porque los moderadores son muy sensibles a esta crítica y buscan las condiciones del verdadero diálogo filosófico.

Sin duda que los Cafés filosóficos no están exentos de crítica. Del caos de intervenciones no surge siempre la perla que salva el debate. Pero después de seis años, debo constatar que siempre he vuelto a salir de los debates con más interrogantes que al comenzar, y que muy a menudo el «rumiar» las cuestiones después del debate se ha mostrado enormemente fructífero y se ha prolongado hasta el debate siguiente.

Pascal Hardy es director de publicación de la revista *Philos*, movimiento de coordinación y animación de los cafés filosóficos en Francia.